CATALINA

Por ALFONSINA STORNI

ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

El botellito en que me hospedé estaba rodeado de bosques de eucaliptos y casuarinas.

Casona antigua descosida por el tiempo; abundosas enredaderas de madreselva y jazmín del país; flamos finísimos que se daban de cabeza contra la luna fría y azucarada de la pos-medianoche.

Quedaba mi habitación en la dependencia más lejana de la casa: anexo de empírica construcción colonial, adonde llegaba, directo, el canto calido de las urracas.

Había llegado a la siesta, y un mozo español, esculpido a esqueleto por una tonante bronquitis, acompañado a mi dormitorio, donde, sin abrir las valijas siquiera, me eché sobre una cama de hierro blanco y colcha igual. Tirada sobre el poco mueble colchón, examiné el cubículo albergante: alto el techo, cruzado de vigas negras; recién encaladas las paredes rosa pálido; una mesa de pino, monda de todo adorno que no fuera su cepillada y blanca madera; un lavabo con agua corriente en un ángulo — pequeña avanzada de civilización en aquel mundo de residuos y agria naturaleza —; un ropero empotrado en la pared con zunzarin cortina de cretona por puerta, y suelo de grandes baldosas rojas.

Retrocedía de pronto treinta años en aquella decoración rústica y me sentía leer, alejada del civilizado mundo que me había expulsado, siquiera por un mes, de sus gases deletéreos.

Afuera la tierra, perfumado bollo caliente, se tostaba al sol, mientras los dedos de mis pies tanteaban la fresca cal de la pared vecina. El aguijereo continuo de las urracas me recordaba mi infancia en San Juan, donde solía oirlas largas horas, mientras, en pandilla feliz, nos zambullíamos de canal en canal, las manos cargadas de racimos de uva y agrios membrillos dorados.

El sueño profundo de mis primeros años me hizo la gracia de su presencia y desperté ligera.

Deseaba no encontrarme con caras conocidas, y, cuando llegó la hora de cenar, comprobé, con alegría, que seres indiferentes me rodeaban. Comí una carne a la parrilla, deliciosamente adobada — ¿con qué? — y atravesé sola, en la sombra, las calladas alamedas resinosas. Posaba el pie como sobre tierra recién nacida, y de tanto en tanto, me abrazaba al tronco de los árboles en un reconocimiento de energía primera.

Aprendí a dormir de nuevo bajo pesadas estrellas matinosas, en punto de debiscencia, a decir verdad flores en ocio investigante: a ver, por las noches, el oleaje de las ciclémesas que se mueven con ritmo de mar en calma sobre el plano negro del suelo.

También vi los viejos hombres de que hablan las novelas nacionalistas. Estaban secos como sarmientos y no hablaban. Se les desprendían de los ojos, en mirar segado, fulcios agudísimos y ladinidades. Seguían pegados al caballo parsimonioso, mientras la mano iba al ala del sombrero en un movimiento seco y sobrio. Me hablaron de las tarántulas: eran plaga en el hotel y su parque. Aparecían en los dormitorios, baños, corredores, comedor; se albergaban en los zapatos, decoraban sombreros, paseaban por los caminos en grupos obsesos. Había tantas, se contaba, que una señora inglesa, espantada de verlas, pidió por teléfono a la ciudad más vecina un aeroplano, y huyó del lugar el mismo día de llegada. Anunciaba la presencia de una araña, una alharaca particular: voces femeninas daban gritos de alarma que siempre terminaban en risas cuando gritaban, la araña estaba viva; cuando relan, muerta.

Había visto algunas en los corredores, sobre las puertas. Medrían, extendidas, unos doce centímetros; eran corpulentas, de patas peludas y boca siniestra, semiperdida en dibujos bellos y macabros, color hueso de muerto y perdo obscuro. Pero llevaba una semana en el hospedaje sin que mi cuarto fuera visitado por ninguna.

Cierto día, la chiquilla de la lavandera, que entraba conmigo, me advirtió: — ¡Mire; una!

—Dame un palo.

—No la mate, pobrecita...

Estaba sobre la cabecera de mi cama, unos diez centímetros más abajo de la línea que unía la pared con el techo, y era particularmente voluminosa.

Pero el deseo de la chiquela fué respetado y no la maté.

◆ ◆

Catalina, le había puesto por nombre, sin que pudiera precisar a qué razones obedecía tal bautizo.

El nombre se me vino a los labios mirándola, y la llamé así, en voz alta, sin que la araña diera muestras de haber advertido mi presencia.

Catalina permaneció unas tres horas en el mismo sitio, estampada en la pared vecina, y, por fin, creo, se puso a dormir.

Había encogido las tres patas del costado izquierdo, enrulándolas sobre sí mismas, y alargado, hacia la derecha, las otras tres, como si fueran cuerdas distendidas.

Parecía un extraño instrumento musical; una pequeña arpa asimétrica que se autopulsara.

Cambié de sitio repetidas veces observando la pequeña maravilla siniestra, y me puse en línea recta con su curpecillo para verla bien, desde abajo.

Mi mirada topó con la boca, y un escalofrío me recorrió entera.

Revisé mi mosquitero para comprobar si su malla tenía roturas y obturé hasta las más pequeñas empeñosamente. Al acostarme permanecía sobre mi cabeza, pero ya despierta, pues sus seis patas tenían la posición habitual que advertimos en toda araña sobre una pared.

Después, y por espacio de dos días, Catalina emprendió un movimiento lento y regular hacia mi derecha, puesta yo a su frente; fiel a la primera altura en que la había descubierto.

Cada dos o tres horas avanzaba, matemáticamente, un cuarto de metro. Me divertía comprobarlo y la saludaba al entrar con frases cariñosas, pues le había perdido todo temor. De vez en cuando estallaban los gritos de alarma y sus correspondientes aludidas risas, y entonces mientras a mi Catalina con cierto orgullo. Me sentía ligeramente superior a los veraneantes insecticidas y con sentido humorístico versión a mi memoria el ejemplo de San Francisco.

Contaba en el comedor mi amistad con la tarántula, y grupos juveniles se metían en mi cuarto a contemplar la araña, viva por mi deliberada voluntad.

Siempre me expresaba sobre ella alegremente y mis referencias a Catalina provocaban también la hilaridad de mis interlocutores: se había convertido en el personaje principal de aquel mundo fácil y desocupado. Hubiese yo querido que hiciera monerías por relatarlas, y canté, alguna vez, para atraer su atención, sin el menor éxito: seguía avanzando siempre hacia mi derecha, a igual altura, muy cerca de la línea del techo.

Ya estaba sobre el lavabo, pues en había recorrido, de extremo a extremo, dos de las paredes del cuarto, y me aprontaba a verla dar la vuelta a la habitación, como Eleano al mundo, siempre a la misma latitud, sobre el mar de cal, pequeña barca negra...

Pero el destino le tenía reservada una sorpresa a mi buena mano derecha, dulcemente inofensiva.

Serían las diez de la noche cuando ocurrió el drama. Estaba yo cerca del lavabo y me eché sobre los hombros una salida de cama verde, jaspeada de negro.

¿Me confundió con un árbol? Catalina, en un impulso formidable de equilibrista, saltó sobre mi cabeza. Un grito, una sombrilla enérgicamente enarbolada, y Catalina hecha una bola obscura a mis pies.

Tuve piedad y me incliné para ver si estaba muerta: se movía. Le asesté un golpe de gracia; fué lo único que pude hacer por ella.

◆ ◆

Tuve más pequeñas preocupaciones sentimentales por su muerte; filosóficas, no. Pero pensé mi razonamiento; seguí refiriéndome a Catalina con hilaridad. Una noche alguien dijo: — ¡Pobres tarántulas; son inofensivas! Las he visto acudar en grupos por los caminos; los perros les ladran y hostigan con el hocico, y ellas, pesadas, tardas, ni siquiera se le prenden de los belfos...

Catalina, Catalina: te rezo este ligero responso literario, que cobraré.

Los hombres, como ves, no viven en vano.

NO SOY PESIMIST

DECLARACIONES DE UN ESCRITOR

Por W. SOMERSET MAUGHAM

(De los servicios especiales de LA NACION)

LONDRES, marzo de 1933

ESTOY cansado de oírme calificar de pesimista y cínico porque me niego a usar cristales color de rosa en los anteojos con los cuales trato de seguir el funcionamiento de las causas y los efectos en este mundo moderno. No quiere decir ello que pretenda un solo instante que mis novelas y obras teatrales sean "felizmente copiadas del natural", en el sentido generalmente aceptado de esta expresión. No creo que sea posible ni deseable que un artista pinte la vida tal cual ella es realmente; tan sólo que puede desear es tratar de interpretarla como la ve. El escritor que se destaca observa las mismas cosas que todo el mundo, sólo que las ve en una forma propia y original. Tal es el secreto de su éxito.

Hablando de la realidad, con prescindencia del arte, puede decirse que quien observe los hombres y los hechos de la postguerra no puede formular fácilmente un alegato en favor del dulce optimismo, y menos que se refiera a un porvenir lejano. Si contemplamos cualquier región del mundo, buscamos en vano señales de una estabilidad duradera en política, religión o ética. El orden antiguo ha desaparecido o está desapareciendo, pero ninguno de los nuevos experimentos ha demostrado aptitud para reemplazarlo. Las naciones del mundo se hallan tan divididas como lo estuvieron siempre, pero divididas, tanto interior como exteriormente, por diferencias más profundas y complicadas que las que suscitaron los desórdenes civiles de la Edad Media. Parecería que el mundo, en conjunto, no ha sido conmovido tan intensamente por los años de la guerra, ni se ha repuesto de la convulsión del conflicto mundial, sino que se encuentra actualmente en pleno proceso de cambio, en forma pacífica violento como lo soy yo, lo característica más deprimente de esta época es la forma lamentable en que los "leaders" de la humanidad parecen olvidarse de que habrá una nueva guerra, absurda, pero no menos mortífera.

Pero tiene reverso la medalla. La vida es hoy mucho más abundante, más completa y activa que en el siglo XIX. Si, en ciertos aspectos, es más estereotipada y superficial, resulta mucho más estimulante para el hombre de imaginación. Sobre todo, está llena de maravillosas posibilidades de las que no sabrán las generaciones futuras. La rápida marcha de los acontecimientos hace que la especulación de hoy sea la realización de mañana y disminuyen rápidamente las perspectivas de que un genio verdadero llegue a la conclusión de que ha nacido demasiado temprano.

Es abundante, inagotable, el material de vida situado al alcance del hombre de letras moderno. Su única preocupación consiste en verse perjudicado por un cardenal o "embarras de richesses". Pero por otra parte, no puede descuidar las responsabilidades correspondientes que recaen sobre él en esta época, pues nunca fué más poderosa la pluma.

No es extraño, por consiguiente, que el nivel general de la literatura sea tan elevado en la actualidad. Por lo menos, opino que así ocurre. Es posible que la novela típica tienda a caer en un mismo molde, pero su técnica es tan acabada que, por la misma razón, resulta difícil lograr un éxito rotundo. No hay que buscar muy lejos la causa de que se observe escasez de obras teatrales realmente grandes. La visión viviente, concisa, telescópica del autor teatral, requiere, como siempre, una individualidad de criterio que las condiciones de vida actuales no permiten adquirir fácilmente. Teniendo el "efecto" principal, es probablemente más fácil escribir una obra de teatro que construir una novela, pero ésta es una premisa bastante severa. Personalmente, a menudo me obsesiona una idea durante años, toma forma gradualmente en mi mente y finalmente me impulsa, "volens nolens" a cristalizarla en el papel, proceso que rara vez me exige más de seis semanas de trabajo.

Pero la inexplicable capacidad que tienen algunos escritores para hacer "llegar al público" una frase, mientras otros fracasan, al decir lo mismo en otra forma, está muy lejos de ser el único inconveniente con que se tropieza en el teatro. Hasta cierto punto, un novelista depende de su editor, de las revistas en que escribe y de su público, pero tarde o temprano, la prueba del fuego será el mérito mismo del libro. En el teatro, es muy distinto. El director, el elenco y los críticos pueden comprender o desfigurar una obra, independientemente de su valor intrínseco, pero el público es el verdadero factor incalculable. Los espectadores tienen que "actuar" ellos mismos, aunque sea inconscientemente, lo mismo que los actores que están en el escenario. El valor de las palabras no depende tanto de la forma en que se pronuncian ante el público como de la forma en que el espectador las recibe y reacciona, noche tras noche. Si recuerda estos puntos capitales, creo que el dramaturgo moderno no tiene por qué sentirse inferior a sus predecesores.

Pero hay un aspecto del mundo contemporáneo respecto del cual me declaro incurablemente optimista: me refiero a ese conjunto humano algo indefinido y muy criticado que se califica de "juventud moderna". A pesar de todas sus faltas y debilidades, siento admiración por la gran mayoría de los jóvenes que he conocido. Son interesantes, entretenidos y deliciosamente francos; pueden ser inteligentemente de temas alejados de su esfera particular y juzgan generalmente a los hombres por sus méritos, y no por cualquier consideración social, política, religiosa o moral. Quizá se inclinen demasiado al escepticismo sobre todas las cosas, en este extraño mundo que se encuentran, pero por lo menos no hacen gala de ello como hacían Rayan perdido la gran parte de las creencias de sus padres, no cabe duda de que no han perdido las cualidades del corazón. No veo prueba alguna de la tan mentada decadencia de la juventud moderna; al contrario, creo que en ella tantos valores como hubo siempre.

Es posible que las muchas evidencien en la forma más vincente las ventajas del tivo que se ha operado. La veneración del siglo XIX era muchachas — perfectamente diosas, para quienes la vida parecía ofrecer interés legítimo alguno. Ahora, la mucha moderna es un ser alegre ciable, que no sufre los tormentos de una timidez mal y puede encontrarse con hombre en un plano de igualdad, tanto en el trabajo como en el juego. Ya no tienen que huir y ocultarse los buenos padores de "flirteo" cuando les invita a un "mixed double".

Al referirme a la juventud moderna, no pienso solamente en los muchachos y las jóvenes de veinte a treinta años que iban a la escuela en la época de la guerra. Considerando el "handicap" que significa la experiencia de los primeros años que hay que reconocer que se empeñan notablemente, confío más aun en la generación de los que nacieron después de la guerra, y que rápidamente se acerca a la madurez. Por lo que de ellos, me parece que forman un conjunto de valor común. Los problemas a ver son numerosos, vastos y complejos, mas no será imposible encontrar entre ellos a hombres de primer orden para las soluciones deseadas.

Los viejos tendrán que resignarse antes que en el porvenir inmediato, pero ¿qué importa? Habrán que aceptarlo de grado. Después de todo, la consideración victoriana por los canas y la adoración de las virtudes de la madurez son sentimientos recientes. La mayor parte de las personas sensatas reconocerán que la visión bia radicalmente — y no pre en buena hora — a medida que pasan los años, pero creo que son las que se dan cuenta del significado de este cambio. Lo que se trata de criticar a la juventud.

Volviendo unos centenares de años atrás, nos encontramos con niños soberanos, genios adolescentes y hasta obispos niños. Uno de los oficiales de mando en cierta capitán y jefe de tropa a los 21 años. Y cuando las promesas que nos hacen de motivo de agradecimiento para el mundo, la próxima generación tiene que aprender, en cierto modo, a mantenerse en el término medio entre el exceso de confianza en sus propias fuerzas y la excesiva reverencia a las opiniones de los demás.

CUENTOS CORTOS

La amistad rota

NUNCA había podido imaginarme por qué me había dejado de escribir aquel amigo.

Le escribí con sentidísima carta por la muerte de su esposa, y nunca volví a saber de él.

Por fin, un día me le encontré en un tren.

En el pasillo confidencial del vagón, frente a la verdad de la noche del campo que rozaba el cristal de la ventanilla, le pregunté la causa de su silencio.

—¿Quiere que le sea franco? — me dijo —. Pues le confesaré que me hizo muy mal efecto tu carta de pésame por la muerte de mi esposa.

—¡Cómo! ¿Es que quizá sometí alguna indiscreción en mis condolencias?

—No... Sino que mi esposa no había muerto y murió a los diez días de recibirse tu carta de pésame.

—¡Qué extraño! No recuerdo ahora quién me dió la noticia, pero tú comprenderás que yo no la inventé...

—Me lo supuse, pero no pude volverte a escribir...

No se me ocurrió decir más que un "¡Qué casualidad!" mayúsculo, y descendí en una estación anterior a la que iba porque no hizo insostenible nuestra presencia en el mismo tren.

El pañuelo de lunares

No quería ir al médico aunque tenía una feroz aprensión a estar tuberculosa.

Para desbacer su miedo y el mío, un día le llevé al doctor un pañuelo suyo.

El doctor lo observó y comprobó que no tenía el bacilo temido.

—¿Y mi pañuelo de lunares?

—Lo llevé al médico para que estudiase lo que pudiera haber en los lunares, y el estudio ha sido nulo. ¡No tienes nada!

Entonces ella cometió una injusticia de mujer y lloró desconsolada.

—¡Mi pañuelo de lunares! ¡Mi pañuelo de lunares!

El collar desgranado

Es sabido que todo el que tire algún recuerdo al mar de las Islas Marsvillosas cuando su barco se aleja de ellas, volverá a visitarlas.

Pupa había aprendido en aquellas islas el sabor del amor sin necesidad de haber sufrido la violencia del iniciador, sólo entre árboles y soles.

Tanto quería volver, que cuando el barco levó anclas se quitó el maravilloso collar de perlas que valía una fortuna y lo desgranó sobre el mar.

Las cuatro reumáticas

Las cuatro reumáticas inglesas se reunían para viajar por los climas de sol, pero siempre iban separadas y reñidas arrastrando sus piernas y sus bastones.

Cada vez se distanciaban más en las calles y se paraban en escaparates más distintos.

A Zoe le gustaban los escaparates de ropas blancas, a Edith los de joyería, a Rosen los de sombreros y a Ida los de aparatos fotográficos en que se exhiben fotografías que no se lograrán hacer nunca con las máquinas que se ven en la tienda.

Un día, por ese distanciarse progresivo de las cuatro reumáticas resultaron tan remotas, que mientras una estaba en Tánger, la otra estaba en Nápoles, la otra en Niza y la otra en Alicante.

Se buscaban las unas a las otras a través de las calles de cada una de las ciudades, pero su malhumor, su disparidad de gustos, tan caracterizadamente reumáticos, hizo que no se volviesen a encontrar nunca.

Bonita historia de la guantera

Sentía que estaba en un purgatorio de manos negras y manos blancas.

Era una disfrazadora de manos que cuando más sufría era cuando le dejaban un par de guantes a los que había ensanchado en vano.

El taburete en ángulo de probar los guantes esperaba codos con o un aparato de antigua liturgia.

Los caballeros le entregaban su mano, pero ella les veía partir indiferentes después de aquella breve atención.

Un día llegó un caballero que buscaba unos guantes verdes, y que cuando colocó el brazo sobre el sitio para los brazos, tomó la actitud cansada de ir a echar un pulso con ella.

La guantera cayó en la trampa y sufrió el vencimiento de la mano dura y varonil.

La escena fué muda, rápida, de victoria sin discusión, y aquel caballero se llevó a la guantera y dejó los guantes verdes.

El cochero dormido

Hacía tanto frío a la puerta del club, que el cochero se durmió dentro del coche.

Esperaba ese sonido violento de la portezuela al ser zarandeada por el señorito, saliendo entonces automáticamente por la otra y subiendo de un salto al pescante.

Aquella noche las cosas sucedieron de otro modo. El coche comenzó a andar y entre sueños se vió conducido a un cementerio y abandonado allí.

Así son los trastruecques rápidos que llevan de la vida a la muerte.

El tiro en el retrato

—¡Un agujero en mi retrato! —Sí, querida — dijo el esposo. Es el primer avíso... Ayer ensayé mi pistola sobre tu chal azul... No me gustan los coqueteos de terraza.

Se buscaban las unas a las otras a través de las calles de cada una de las ciudades, pero su malhumor, su disparidad de gustos, tan caracterizadamente reumática, hizo que no se volviesen a encontrar nunca.

Bonita historia de la guantera

Sentía que estaba en un purgatorio de manos negras y manos blancas.

Era una disfrazadora de manos que cuando más sufría era cuando le dejaban un par de guantes a los que había ensanchado en vano.

El taburete en ángulo de probar los guantes esperaba codos con o un aparato de antigua liturgia.

Los caballeros le entregaban su mano, pero ella les veía partir indiferentes después de aquella breve atención.

Un día llegó un caballero que buscaba unos guantes verdes, y que cuando colocó el brazo sobre el sitio para los brazos, tomó la actitud cansada de ir a echar un pulso con ella.

La guantera cayó en la trampa y sufrió el vencimiento de la mano dura y varonil.

La escena fué muda, rápida, de victoria sin discusión, y aquel caballero se llevó a la guantera y dejó los guantes verdes.

El cochero dormido

Hacía tanto frío a la puerta del club, que el cochero se durmió dentro del coche.

Esperaba ese sonido violento de la portezuela al ser zarandeada por el señorito, saliendo entonces automáticamente por la otra y subiendo de un salto al pescante.

Aquella noche las cosas sucedieron de otro modo. El coche comenzó a andar y entre sueños se vió conducido a un cementerio y abandonado allí.

Así son los trastruecques rápidos que llevan de la vida a la muerte.

El inglés que estuvo en la India

Vivía en Londres Mr. Amilton, pero era "el que ha estado en la India" y, por lo tanto, sus pasos en la niebla tenían menos tranquilidad que los del que no ha estado nunca en la India.

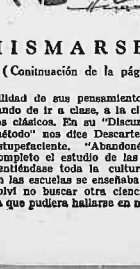
Había sido un hombre duro para llegar a ser alguna vez un caballero de buenas maneras en su Londres lleno de cortesía.

"¡Alguna vez nos encontrare-

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1933



mos en Londres!", le habían sugerido con ira algunos de aquellos para los que fué cruel; pero él se sonreía porque sabía que la niebla evitaría el azar.

Sin embargo, siempre que veía un tipo renegrido y sindiado se sobrecogía con miedo. No les había temido en la India y los temía en Londres.

Una noche creyó que era el cuerpo cetrino de un farol aquel bulto hacia el que avanzaba, pero en menos de una exhalación un tipo repintado se lanzó sobre él y le metió la oreja.

Mr. Amilton gritó, pero cuando acudieron en su socorro y él se echó mano al oído caliente de sangre y de dolor, notó que le había cimido la oreja.

En un baile de los sueños

Mara se metió en aquel sueño dobleguda por el cansancio.

No quería entrar en un baile en que todas las mujeres llevaban el mismo dominó verde y el mismo antifaz rosa. Le dió miedo la confusión en que podía borrarse.

Iba del brazo de su Luis, pero temía que creyese que todas eran ella. ¡Qué extraña angustia!

En el baile había una confusión atroz porque era el salón más pequeño que el grupo compacto de las máscaras.

Al empujarse unas a otras las parejas querían desbancarse, quedarse los unos con las damas de los otros.

En un momento dado tocaron a "galop", y Mara se vió desprendida de Luis y convertida en un dominó verde y rosa como todas las demás.

Entonces comenzó el sudor amarillo del sueño, la insolación del caso, el pánico ensañado de los sueños.

Mara no sabía qué hacer cuando en el desiderátum de no volverse a encontrar se le ocurrió quitarse el antifaz.

Luis, que la buscaba entre todas las máscaras, la pudo encontrar, y entonces se desperó victoriosa, deshonrada por ser la única máscara descubierta ante tantas máscaras con el rostro tapado, pero salvada de ser para siempre un dominó verde y rosa patinando entre mil dominós verdes y rosa.

El recalcitrante de los pisos bajos

—¿Cómo vive usted siempre en piso bajo? — le preguntó, ya sin poder más, el amigo indiscreto.

—Se lo voy a decir — contestó el recalcitrante de los pisos bajos... —. Yo entro viva siempre en los pisos últimos, me gustaba esa luz fotográfica de los áticos, pero un día en que daba una comida a un matrimonio muy amigo nuestro y cuando estábamos en lo mejor de la francachela, la mujer de mi amigo echó de menos a su esposo... Todos creímos que se había caído por la ventana, sonó el timbre de la calle, y el portero, consternado, nos anunció que alguien se había tirado desde mi balcón... Quedó tan rota aquella alegría de la amistad, fué tan duro aquel golpe para mi memoria, que decidí no vivir más en un piso alto que pudiera servir de camino de la muerte a una visita desesperada...

Tallista de montañas

Era uno de esos escultores espontáneos, vestidos con falsa sotana, que se repiten más de lo que parece en los recodos montañosos del mundo.

Perdidos por los sitios rocosos magnetizan hasta hacer escultores a los seres que no saben defenderse del poder fascinante de las rocas.

Desperdigados por el mundo montañoso, perdidos en cráteres de cordilleras, se repiten como ecos del mismo prurito, numerosos escultores fatales, "tantálicos", "prometeicos", llenos de la magna ansiedad de no dejar piedra sin simbolismo.

En aquel rincón de los montes Arce vivía uno de estos escultores que por lo menos no pueden exponer sus esperpentos porque están arraigados al pedestal pétreo del circo pirenaico en que se volvieron locos de pretensión escultórica.

Se llamaba Tremópolis porque para más rigor de su inspiración venía de abuelos griegos.

Tremópolis había llenado de coros brutales un buen pedazo de cordillera, tipos con rostros de un pim-pum-pum colosal.

Aquellos engendros de cara tosca estaban como tumbados sobre la montaña, inclinados hacia atrás como si les deslumbrase el cielo, como si temiesen al Dios de las alturas.

Creía Tremópolis poder vencer la larga cadena de su congosto para asombro de todos los turistas, cuando un día, como si la piedra le pidiese castigar por aquella osadía monstruosa que volvía horripilante lo que sólo era abrupto, uno de esos grandes peñascos que están al aire sobre el basamento de otro peñasco gemelo y que parece que van a estar guardando equilibrio hasta la consumación de los siglos, le cayó encima y le aplastó.

En Descartes, por vez primera, hace el hombre una afirmación radical de la superioridad del presente sobre todo pretérito, del presente como tierra de que emerge el futuro, que crea el futuro. Descubrimiento que determinó que de gravitar hacia el pasado comienza su ponderación hacia el porvenir. La Edad Moderna ha sido desde el umbral futurismo, loca fe en el futuro porque es humanismo, fe en el hombre, y el hombre es el anticipador de sí mismo.

CARTAS DE ITALIA — LA CERDEÑA DE BALZA

(Continuación de la pág. 1)

una cuerda a una cadena. El gobernador pasa a caballo:

—¡Desate la cuerda!

—No se puede. La mar está picada.

—¡Desate la cuerda!

—Está la bonita el Sr. Balzac, el famoso novelista.

—No me importa. ¡Desate la cuerda!

—Señor gobernador: soy Balzac y tengo que bajar a tierra.

—No me importa. Soy el gobernador y tengo que hacer respetar mis órdenes.

Así, transcurridos los cinco días, Balzac baja a tierra de pésimo humor, y sus impresiones escritas a Mme. Hanska son poco favorables a los sardos y a Cerdeña. Los hombres no hacen sino apacentar cabras. Pero el humor de le serena en marcha a Sassari y de allí a Argentera. Es primavera. Los paisajes son hermosos. La tierra es la más fértil del mundo. Las casas son lamentables pocilgas. Los hombres, fuertes y animosos. Y si el pueblo es rudo, no hay que olvidar que rudeza es sinónimo, si no siempre, señal de fuerza. Ni aun reconociendo que muchas cosas y muchas personas de la Cerdeña de hace cien años se hallan todavía en estado primitivo, la olvidarse que ese primitivo es sinónimo de instintivo, de vital, de natural, es decir, la serenidad que la vida humana, arbitrarias, viciada, corregida, vuelve a hallar solamente en las cumbres y en las raíces del hombre.

Pero el viaje es en vano. El propio genovés, con su concesión, encuentra escenas, pero plata no. Y, por último, Balzac abre los ojos. Creyó una vez más posible la imposible, y una vez más contribuyó lo fantástico con lo real, como cuando imprimiendo a La Fontaine se creía el más grande editor del universo! Su mal humor es tal que, llegado a Milán, Balzac se desfoga hablando mal de las mujeres italianas. Pero las nubes no duran mucho en su horizonte, y dos días después, los milaneses que cuentan en La Scala o en los salones de la casa Maffei, le parecen las más adorables criaturas del mundo. Con todo, le mortifica la idea de que Cerdeña lo ha decepcionado. Y en una ocasión se desahoga en el café, entre italianos.

—Pero ¿qué significa esto? ¿Por qué llaman ustedes Argentera a un lugar donde no se encuentra un solo filón de plata? ¿Es quizá una manera de engañar a los caballos? Si en Francia hubiese una provincia llamada Dorada o Aurea...

Pero un milanés le interrumpe:

—No se hallaría en ella, señor Balzac, ni un litro.

Y Balzac responde, sin perder segundo:

—Pero sería porque yo habría estado allí antes y me los habría llevado todos...

¡Pobre y querido gran hombre! Si se le hallaba de libros, no cortaba el menor trozo de bosteza: pero bastaba nombrar el dinero para ver brillar en sus ojos un fulgor de codicia, los ojos del pobre diablo ante la mesa adornada con todos los bienes de Dios. El dinero era para él no sólo la emancipación del acidado deudor de las garras trentenales de sus acreedores, sino para el novelista, para el artista, el medio de vivir según sus gustos y sus caprichos, en una prodigalidad inteligente de gran señor del Renacimiento. Los grandes, contemporáneos y pasados, dejábanlo indiferente. Sentía que en la historia futura se pasaría a través del siglo XIX de brazo con Napoleón. Y no vacilaba en decir: "Yo y Bonaparte", porque discutía títulos de elocuencia novelas no le parecían inferiores a las banderas de cincuenta victorias. Pero un hombre rico, un padre de la alta banca, un omnipotente dispensador de cheques, parecíanle personajes fabulosos e irreales, dioses de una mitología financiera que estaba condenado a mirar a través de un cristal en el que estaba escrito: "Se puede ver; tocar, no". ¡Y él habría querido, por el contrario, poder tocar, en prodigiosas minas de oro o en los sótanos del Banco de Francia, montañas de oro y plata, la suspirada, la soñada inaferrable e inaferrada redención de su martirio de escritor, condenado de continuo a escribir una novela en veinticinco noches, para disponer vivo, de dos a tres mil francos después de muerto, la gloria!

Galeote de la literatura, durante toda una vida mezquina y sedentaria, sus excursiones bala a través de la Cerdeña montañas de oro y plata, la suspirada, la soñada inaferrable e inaferrada redención de su martirio de escritor, condenado de continuo a escribir una novela en veinticinco noches, para disponer vivo, de dos a tres mil francos después de muerto, la gloria!

❦

SOBRE ENSIMISMARSE Y ALTERARSE

(Continuación de la pág. 1)

nacimiento en cuanto retorno a los antiguos tiene de "camouflage", cuando arribamos al comienzo del siglo XVII, en que llega a plenitud ese hombre "moderno" germinado, educado en los dos siglos anteriores. Allí está Descartes, que rompe "radicalmente" también la adherencia a lo antiguo. Esta generación cartesiana es la primera que se siente mayor de edad, que se da de alta y toma sobre sí misma la plena responsabilidad de sus pensamientos, dejando de ir a clase, a la clase de los clásicos. En su "Discurso del método" nos dice Descartes algo estupefaciente. "Abandoné por completo el estudio de las letras (entiéndase toda la cultura que en las escuelas se enseñaba) y resolví no buscar otra ciencia que la que pudiera hallarse en mí mismo o bien en el gran libro del mundo".

El libro es el símbolo de la cultura que se recibe frente a la que se cree originariamente, a la que no está ya allí. Descartes, con un formidable gesto de Robinson, hace en torno de sí la plena soledad cultural, convierte el mundo cubierto de complicaciones eruditas en la virginidad de una isla desierta. Rompe con el pasado resueltamente.